

se quitaban el turbante de la cabeza, lo cual era tenido entre ellos como la mayor demostración de reverencia (1).

Tal como estaban entonces las comunicaciones, los dos jesuítas no podían esperar respuesta y nuevas instrucciones hasta después de muchos meses. El tiempo intermedio lo aprovecharon para hacer una peregrinación a Jerusalén, donde hallaron buena acogida en los franciscanos, fieles custodios del Santo Sepulcro, y convirtieron a dos nestorianos. Luego se encaminaron a Damasco, para visitar a los maronitas que allí moraban y tener una entrevista con el patriarca griego de Antioquía. El cardenal Santori, protector de los griegos, les había recomendado que hiciesen una tentativa con el antioqueno, en orden a ganarlo para la unión con Roma. El patriarca escuchó con agrado lo que le dijeron de la fundación del Colegio Griego en Roma; estuvo muy afable, pero manifestó que nada quería hacer en el asunto de la unión sin ponerse en inteligencia con el patriarca griego de Constantinopla. Entre varios peligros y sacrificios, varias veces encarcelados por los mahometanos, volvieron los Padres al Líbano. Aquí encontraron la orden de que el P. Bruno fuese a Roma para dar cuenta de todo mientras el P. Eliano había de ir a El Cairo, a los coptos.

Gregorio XIII quedó muy gozoso del buen éxito de la misión a los maronitas; confirmó al nuevo patriarca y le concedió el palio con copiosas limosnas (2). El patriarca envió a Roma cierto número de jóvenes maronitas, entre ellos a un sobrino suyo (3). A propuesta de Carafa erigió el Papa el Colegio Maronita. Aquí a la vista del supremo jerarca de la Iglesia, debían formarse eclesiásticos idóneos para llevarse consigo más tarde a su tan lejana patria «el verdadero espíritu de San Pedro» (4). En el desenvolvimiento de este colegio se pusieron grandes esperanzas no sólo para los maronitas, sino también para otras iglesias de Oriente (5).

(1) V. *Ragguaglio de J. Bruno, loco cit. El duque Cristóbal Nicolás Radziwill, cuando en 1583 visitó el Líbano, vió en uso los ornamentos que Gregorio XIII había enviado al patriarca de los maronitas; v. Voces de María-Laach, LIII, 215.

(2) V. *J. Bruno, loco cit. Cf. Anaissi, 91.

(3) V. *J. Bruno, loco cit.

(4) Cf. vol. XIX, p. 233.

(5) *Hoggi di*, escribe J. Bruno después de la muerte de Gregorio XIII, persevera questo collegio con speranza che debba seguire notabile aiuto in quella natione et molto honore della chiesa Romana, perchè non si ricorda mai che habbia havuti operarii che havessero gli idiomi arabici et caldei

Los buenos sucesos entre los maronitas fueron sin duda el motivo de que Gregorio XIII el año 1583 encargara a Leonardo Abel, obispo titular de Sidón, maltés perito en el árabe, una misión a los patriarcas orientales, cuya unión se había meditado ya en el otoño de 1578 (1). Al obispo se le agregaron tres jesuítas: el italiano Leonardo de Santángelo, el español Casa y el francés Lanzea, que dominaban igualmente el árabe (2). Gregorio XIII estuvo muy contento de esta elección hecha por el general de la Compañía de Jesús. Al despedirlos exhortó a los Padres a que no temiesen peligros ni trabajos a fin de procurar la verdadera fe a los patriarcas orientales. Díjoles que para la unión del Oriente con la Santa Sede, deseada por él con el mayor anhelo, ningún sacrificio, ningún gasto le parecía demasiado grande (3). La legación salió de Roma el 12 de marzo de 1583. Hasta el 16 de abril no hallaron embarcación, la misma que utilizó también el duque Cristóbal Nicolás Radziwill para su viaje a Palestina. Desde Beirut los enviados visitaron ante todo a los maronitas del Líbano, y luego se encaminaron a Haleb (Alepo). El adelantarse para ir a ver al patriarca de los jacobitas, Ignacio David, que moraba en Diardekir, no parecía posible: los peligros de semejante viaje los consideraron todos demasiado grandes. Por eso los enviados propusieron al patriarca por medio de un mensajero seguro una entrevista en un monasterio sito a la orilla occidental del Eufrates, junto a Orfa (Edesa). Ignacio David evitó sin embargo una entrevista, y envió a su vicario general. En el curso de las negociaciones el obispo de

uniti con la lingua italiana et colle sciènze di filosofia et teologia potendo essere questi strumenti di trattare la reduttione di molte nationi dell'Oriente che usano gli stessi linguaggi. *Archivio Boncompagni de Roma*.

(1) V. las *Memorias de Santori sobre su audiencia de 15 de octubre de 1578, *Archivio segreto pontificio*, loco cit.

(2) Además de Sacchini, V, 115 s., y Maffei, II, 344 s., cf. Santori, Autobiografía, XIII, 151, 154, y las *Memorias del P. Leonardo de Santángelo, que se hallan en el Cód. D. 5 del *Archivio Boncompagni de Roma*. La relación final del obispo de Sidón (cf. Mazzuchelli, I, 1, 22; Forcella, VIII, 39), con fecha de 19 de abril de 1587, se halla en Baluze, *Miscell.*, ed. Mansi, IV, Lucae, 1764, 150 s. A. d'Avril ha dado de ella una traducción francesa: *Une mission religieuse en Orient au XVI^e siècle*, Paris, 1866. Más útil hubiese sido una nueva edición del original, que existe en numerosos manuscritos. Yo anoté los siguientes: *Berlín*, Biblioteca Real, Informat. polit., I; *Mantua*, Bibl. Capilupi; *Roma*, Biblioteca Vatic., Urb. 841, p. 392 s.; *Viena*, Biblioteca palatina, 6319, p. 1 s. Pichler (II, 462) atribuye erróneamente a Sixto V el envío del obispo de Sidón. Cf. también Bessarione, Ann. 6, ser. II, vol. I, Roma, 1901-02, 205 s.

(3) V. las *Memorias de Leonardo de Santángelo, loco cit.

Sidón y el P. Leonardo insistieron en la necesidad de aceptar los decretos del concilio de Calcedonia y rechazar la herejía monofisita de Dióscoro. El vicario general declaró no ser esto posible, pero afirmó no obstante querer el primado del Papa. Tampoco negociaciones posteriores produjeron resultado alguno; en su decurso se puso de manifiesto, que los jacobitas eran confirmados en la adhesión a sus erróneas opiniones por el patriarca Ignacio Neemet, ¡que seguía gozando de la hospitalidad de Gregorio XIII!

Prontitud de voluntad para aceptar la unión con Roma la hallaron los enviados en los caldeos de Asiria y en los dos patriarcas de los armenios. Estos últimos recibieron los presentes del Papa destinados para el patriarca David. El patriarca armenio Katschadur, que residía en Sis en Cilicia, prometió enviar una embajada a Roma para dar testimonio de su obediencia (1). Su muerte impidió con todo la ejecución de este intento. Su sucesor Azarías después de largas negociaciones, aceptó la profesión de fe que se le propuso, la cual suscribieron simultáneamente cuatro obispos; no obstante la ejecución de la unión no se llevó al cabo, porque Azarías, acusado por uno de sus obispos, hubo de hacer un viaje a Constantinopla para defenderse. ¡Cuán difícil es negociar con estos patriarcas orientales!, exclama el obispo de Sidón en su relación. Aquí traza un cuadro conmovedor de la calamitosa situación de los armenios que declararon abiertamente que estaban dispuestos a hacerse todos latinos, si se los libraba de la tiranía de los turcos. Las dos iglesias principales de Sis se estaban arruinando rápidamente, porque la recelosa vigilancia de los turcos no permitía la restauración de estos templos, situados en alto como fortalezas. En la ciudad había aún doce iglesias, y en algunas de ellas las imágenes se habían de tener escondidas por causa de los mahometanos. El patriarca despojado de todas sus rentas por los turcos, vivía de limosnas (2); recibió gozoso los subsidios pecuniarios del Papa y ensalzó con palabras ardorosas la solicitud de Gregorio por los orientales (3). Cuán grande fué ésta, demuéstrole también la fundación de un colegio para jóvenes armenios en Roma (4).

(1) Además de las fuentes indicadas en la nota 2 de la página anterior, v. también Santori, Autobiografía, XIII, 157, 160.

(2) V. Baluze, loco cit., 157.

(3) V. las *Memorias de Leonardo de Santángelo, loco cit.

(4) Cf. vol. XIX, p. 233.

Simultáneamente con el obispo de Sidón, el jesuita Francisco Sasso había partido para Egipto, a fin de intentar por encargo de Gregorio XIII la unión de los coptos con Roma, ya inútilmente procurada por Pío IV. Las primeras negociaciones las había entablado el P. Eliano. Sasso llevó al patriarca de los coptos, Juan, una carta de Gregorio, así como un centenar de cálices para las iglesias enteramente empobrecidas. A fines de diciembre de 1583 se reunió en El Cairo un sínodo, cuyas deliberaciones dieron derecho a esperar por algún tiempo, que se lograría reducir a los coptos a la unidad de la Iglesia (1).

Entre tanto habían conseguido el obispo de Sidón y el P. Leonardo de Santángelo apartar de sus errores nestorianos al vicario del patriarca caldeo, que había ido a Alepo, y reconciliarle con la Iglesia. Las negociaciones seguidas por los enviados en Damasco con el patriarca de los melquitas, se interrumpieron por la actitud amenazadora de los turcos. El patriarca griego de Jerusalén, en quien hicieron grande impresión las explicaciones de los enviados, habría de buena gana renunciado al cisma, si no se lo hubieran impedido los que le rodeaban (2).

VI

Gregorio XIII dedicó también la misma solicitud pastoral que al mundo antiguo, a los países nuevamente descubiertos al otro lado del océano Atlántico. Cuánto se había hecho ya para cristianizar las extensas posesiones españolas de América, lo muestra del modo más claro una mirada al vasto edificio de su jerarquía, con

(1) V. Santori, Autobiogr., XIII, 157. Cómo la obra de la unión de los coptos, comenzada con tan buenas esperanzas, al fin volvió a frustrarse, lo describen las Litt. annuae, 1584, p. 343 s. Cf. también Sacchini, V, 117 s., 173 s.; Pichler, II, 515. Con qué celo Gregorio XIII siguió trabajando por la unión de los coptos, se ve claro por el siguiente apuntamiento de Santori sobre su audiencia de 5 de julio de 1585: *De Cophti; di quello che scriveva il P. Giov. Batt. Romano [Eliano] de Cophti et Sinodo: che perseveri il P. Battista a guadagnarli. Del partito que si propone da M. Paolo Mariani, console per il Re christiano in Egitto, di far deponere il patriarca de Cophti e far eleggere un altro di quelli, che confessano le verità cattoliche: che facci quello che pare poter fare. Audientiae card. Santorii, Arm. 52, t. XVIII, Archivo secreto pontificio.

(2) V. Sacchini, V, 172 s. Por lo demás el patriarca de Jerusalén en 1583 envió a Roma doce jóvenes para que allí recibiesen completa formación; v. Wyman en la Revista de historia eclesiástica suiza, 1919, 116 s.

cuya planta de grandes líneas y adecuada construcción de partes los Papas del siglo XVI mostraron tener una sabia dirección de la Iglesia universal (1). Al conceder la Santa Sede a los reyes de España el derecho de patronato, dióse a éstos un nuevo y gravísimo motivo para cuidar del continuo crecimiento de la Iglesia en sus colonias; especialmente Felipe II estaba hondamente penetrado de la importancia del buen orden de las cosas eclesiásticas para el sostenimiento de su soberanía (2). La cuestión económica halló una excelente solución, por cuanto la corona cumplió con generosidad el deber de dotar y apoyar las misiones, aceptado con la concesión del patronato (3). En ello ciertamente tampoco era posible evitar ciertos inconvenientes, pero al principio se hicieron aún poco reparables (4).

En tiempo de Gregorio XIII la Iglesia católica poseía cinco arzobispados en la América española: Santo Domingo, Méjico, Guatemala, Santa Fe de Bogotá y Lima del Perú, a los que estaban subordinados un considerable número de obispados (5). Los más antiguos de estos obispados eran los de Santo Domingo y Panamá, fundados en 1513 (6); Cuba había recibido un obispado en 1518 y Méjico otro en enero de 1519, el de Yucatán (Mérida). No obstante los españoles desatendieron más tarde a Yucatán y no volvieron allá hasta 1542; desde 1561 vuelve a aparecer un obispo residente en Mérida (7). En tiempo de Clemente VII se habían fundado obispados: en 1526 en Puebla (Tlaxcala), en 1530 en Méjico, en 1531 en Nicaragua, Caracas (Venezuela) y Honduras (Comayagua), y en 1534 en Santa Marta (8). Formó época en el desenvolvimiento de la jerarquía en América el pontificado de Paulo III. No

(1) Cf. nuestros datos de los vol. VI, X, XII, XIII.

(2) Cf. Avarragaray, *La Iglesia en América y la dominación española*, 19 s.

(3) Cf. Huonder, *Misioneros jesuitas alemanes de los siglos XVII y XVIII*, Friburgo, 1899, 45, y Freytag en la *Revista de ciencia de misiones*, de Schmidlin, III, 20.

(4) Cf. Freytag, loco cit., 18 s.

(5) V. **Dioecesium Indicarum maris Oceani descriptio iussu Gregorii XIII facta a Petro de Aguillar Hispalensi, Romae, 1581, Febr., Vatic. 5505, Bibliotheca Vatic.* El autor compuso esta relación después de haber estado muchos años en América y conocido perfectamente el estado de aquellas regiones.

(6) V. Gams, 148; Gulik-Eubel, III, 203, 286.

(7) V. Gulik-Eubel, III, 168, 359; Crivelli en *The Catholic Encyclop.*, X, Nueva York, 1911, 268 s.

(8) V. nuestros datos del vol. X.

menos de diez obispados debieron su origen a su solicitud pastoral: Guatemala (1534), Antequera (1535), Michoacán (1536), Cuzco (1537), Chiapa (1539), Lima (ciudad de los reyes, 1541), Quito (1546), Popayán (1546), Río de la Plata (1547), y Guadalajara (1548). Como en 1546 elevó el Papa Farnesio a la calidad de arzobispado a Méjico y Lima (1), así lo hizo también el mismo año con Santo Domingo, dándole por sufragáneas a Cuba, Puerto Rico y Caracas (2); Santo Domingo recibió además categoría primacial sobre todas las diócesis de las colonias españolas de la América del Norte y del Sur, aun cuando desde 1524 había un patriarcado de las Indias Occidentales, cuyos poseedores residían en España (3). A la arquidiócesis de Méjico pertenecían también Verapaz y el obispado de Manila, fundado por Gregorio XIII en 1579 (4). La Plata tenía un prelado propio desde 1552 (5), lo mismo que Santiago de Chile desde 1561, y Tucumán desde 1570 (6). La iglesia metropolitana de Lima recibió en 1546 como obispados sufragáneos a Cuzco, Quito, Panamá, Nicaragua y Popayán. Este último se separó en 1564 y se sometió al nuevo arzobispado de Santa Fe de Bogotá (7). Obispados sufragáneos de Guatemala eran en 1577 Chiapa, Honduras y Nicaragua (8).

La jerarquía católica del virreinato del Perú, que comprendía la América española del sur, continuó desenvolviéndola Gregorio XIII. El 15 de abril de 1577 erigió de nuevo el obispado de Santa Marta, que había dejado de existir, y lo sometió al obispado de Santa Fe de Bogotá; además erigió el mismo año las nuevas sedes episcopales de Trujillo y Arequipa y en 1582 el obispado de Buenos Aires (9).

La mayor parte de los obispos de la América española perte-

(1) V. nuestros datos del vol. XII. Respecto de Guadalajara cf. Gams, 149.

(2) V. Gulik-Eubel, III, 203.

(3) Cf. Jann, 109. Avarragaray (loco cit., 81) hace notar, que el patriarcado de las Indias Occidentales era un mero título sin autoridad o jurisdicción alguna, como los obispos in partibus.

(4) V. Gulik-Eubel, III, 251, 260; *The Cath. Encyclop.*, IX, 597 s. El obispado de Verapaz, erigido en 1556, sólo subsistió hasta 1605; v. Gams, 151.

(5) V. nuestros datos del vol. XIII.

(6) V. Gulik-Eubel, III, 167, 340; Marcellino da Civezza, VII, 2, 96. Cf. Avarragaray, loco cit., 177.

(7) V. Gulik-Eubel, III, 212, 242.

(8) V. *P. de Aguilar, loco cit.

(9) V. Acta consist. en los *Records of the American Cath. Hist. Society*, XI (1900), 62 s. Cf. Maffei, I, 292; Gams 139, 140, 154, 165; Streit, I, 506.

neían a las Órdenes de los dominicos y franciscanos, que llevaron el trabajo principal de cristianizar el Nuevo Mundo poco después de su descubrimiento (1). En ello desplegaron un admirable ardor, paciencia y perseverancia. Mientras los más de los legos iban en busca de conquistas, riquezas y ganancias, los desinteresados religiosos sólo aspiraban a ganar almas. De ninguna otra cosa provistos más que del crucifijo y el breviario, un instrumento de música y algunos juguetes, exponían sus vidas entre los pueblos más salvajes, se hacían propia su lengua, les comunicaban los conceptos fundamentales de la religión, les enseñaban la agricultura y las industrias europeas y se hacían de esta suerte maestros, consejeros y amigos de los indios. Al mismo tiempo con la mayor intrepidez emprendían la lucha contra el duro y cruel yugo bajo el cual algunos conquistadores españoles procuraban sujetar a los infelices indígenas americanos. A la cabeza de estos paladines de los derechos humanos de los indios contra una política brutal de violencias está el fogoso obispo dominico Bartolomé de las Casas, obispo de Chiapa desde 1543 hasta 1551 (2). Siguióle dignamente Julián Garcés obispo de Tlaxcala, el cual indujo a Paulo III a dictar sus célebres ordenaciones en favor de la libertad de los pobres indios privados de sus derechos (3). Cuán profundamente arraigada estaba la cruel opresión de los indios, muéstralo claramente la circunstancia de que el dominico San Luis Bertrán, después de haberse consagrado con ardentísimo celo a la obra de la conversión en Nueva Granada desde 1562 hasta 1569, al fin abandonó este país, para no parecer que cooperaba aun sólo remotamente a los males que no podía impedir. Pero su hermano de religión y compañero P. Luis Vero, a pesar de todos los obstáculos, continuó su obra comenzada hasta su muerte en 1588 (4).

Con los dominicos emulaban en la labor de evangelizar y en la defensa de los indígenas los franciscanos, sin cuyo valiente pro-

(1) Cf. nuestros datos del vol. XIII.

(2) V. las monografías de Fabié (2 tomos, Madrid, 1879), Baumstark (Friburgo, 1879), Dutto (San Luis, 1902), Waltz (Berna, 1905) y MacNuth (Londres, 1909). Cf. también la Revista de ciencia de misiones, de Schmidlin, I, 263 s., III, 13 s., VI, 266 s.

(3) Cf. nuestros datos del vol. XII.

(4) V. B. Wilberforce, Vida de San Luis Bertrán, traducida al alemán por M. v. Widek, Graz, 1888, 194 s., 203 s.

ceder los indios de Méjico hubieran sido destruídos, como en las Antillas y otras partes (1). Fueron apoyados por el prelado de Méjico, Juan de Zumárraga, de la Orden franciscana, el cual fué uno de los más notables obispos del Nuevo Mundo (2). Cuando Zumárraga murió en 1548 a la edad de ochenta años, recibió un digno sucesor en el dominico Alfonso de Montúfar, el cual celebró concilios provinciales en 1555 y 1565. También el tercer arzobispo de Méjico, Pedro Moya de Contreras, en cuyo tiempo en 1573 se comenzó la construcción de la catedral, el más magnífico templo del suelo americano (3), juntó un sínodo en 1585 (4). Tuvieron asimismo la fortuna de poseer excelentes prelados Bogotá, donde el franciscano Luis Zapata fundó un seminario y en 1582 dispuso un sínodo provincial (5), y Lima, donde el primer arzobispo Francisco Jerónimo de Loaysa de la Orden dominicana (1540-1575), hizo tomar las más excelentes resoluciones en dos concilios provinciales. Su sucesor Santo Toribio (1579-1606) adquirió el glorioso título de apóstol del Perú.

Para poner en práctica las decisiones del concilio de Trento en su extensísima diócesis, Santo Toribio celebró no menos de trece sínodos diocesanos y tres provinciales. En el concilio de 1582 se establecieron leyes para proteger la libertad de los indios y los derechos religiosos de los esclavos negros. También de otras maneras se interesó por los indígenas el celoso prelado; los amparó contra las violencias, cuidó de que fuesen instruídos en la religión y fundó una imprenta — la primera en la parte occidental de la América del Sur, — en la cual se imprimió un catecismo, compuesto por su impulso en lengua quichua, y otros escritos religiosos. Como padre de los pobres y consolador de los enfermos, ejerció Toribio una activa labor en todas las partes de su diócesis. Lo que hizo este varón extraordinario por la reforma del

(1) Cf. nuestros datos del vol. XIII. V. además Holzapfel, 495.

(2) Además de nuestros datos de los vols. XII y XIII, cf. también B. Verelst, Zumárraga, Rousselaere, 1907.

(3) Cf. la Revista de arte plástico, nueva serie, XXVI (1915), 254. P. de Aguilar en *Dioeces. Indic. descriptio llama a la catedral de Méjico obra mirae magnitudinis; estaba ella entonces (1581) en construcción. Vatic., 1505, *Biblioteca Vatic.*

(4) V. Concilios provinciales mexicanos, Méjico, 1769-1770; Concilio III provincial mejicano celebrado en Méjico el año 1585, ilustrado con notas del P. B. Arrillaga, Méjico, 1857.

(5) Cf. Gams, 140; Holzapfel, 508.